

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE UNAMUNO

Por Manuel DURÁN

UNAMUNO HA ESCRITO, en un célebre párrafo de *El sentimiento trágico de la vida*, que "El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso lllore o ría por dentro, acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado. Y así, lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre." El hombre, el hombre de carne y hueso, el hombre Miguel de Unamuno, a la vez teatral y trágico, un poco farsante a veces y un mucho desesperado otras, paradoja del comediante o comediante de las paradojas, es el que aparece más claramente a lo largo de la copiosa obra escrita de Don Miguel. Más que sus ideas, a veces notables, otras contradictorias, recordamos al hombre que engendró estas ideas. Hay escritores que tienden a olvidarse de sí mismos, para los cuales el mundo exterior, "la maravilla del mundo", como dijo Fray Luis de Granada, absorbe en tal manera su atención que tienden a transformarse en admirado espejo. Otros, en cambio, atentos al tiempo interno, a la clepsidra que se agota, a los lentos cambios entrañables de los afectos y las emociones concentrados mediante la cotidiana introspección como en una amorosa lupa, nos ofrecen ante todo la esencia de sí mismos. Para éstos el paso del tiempo, el acercarse de la muerte, es experiencia significativa, que les afecta profundamente y les ayuda a revelar lo que llevan dentro. En el primer caso, el acercarse al final de la vida no representa, con frecuencia, cambio alguno en el modo de verse a sí mismos y de contemplar las circunstancias que les rodean. En el segundo caso nos hallamos frente a hombres que han contado con la muerte desde el principio, y con mayor insistencia a medida que envejecen; y a menudo sus últimos años, sus últimos días, determinan una exasperada toma de conciencia en que se definen sus ideas con mayor claridad. Por esto, quizá, puede ser valioso un examen de los últimos años, de los últimos días de Unamuno. En rigor Unamuno estuvo pensando en estos últimos días durante toda su vida. Como Pascal, Unamuno no comprendía a los que no se preocuparan por la experiencia de la muerte; le parecía que había en esta actitud algo monstruoso. En una personalidad de este tipo la experiencia de última hora puede tener una especie de efecto retroactivo, y arrojar luz sobre el pensamiento de otras etapas. Por ello creo que vale la pena tratar de dilucidar qué le ocurrió a Unamuno durante la última etapa de su vida. Para averiguarlo y en forma completa, nos encontramos desde luego, bastante desarmados; por una parte hay una gran abundancia de libros y estudios sobre Unamuno; por otra, la parte de la obra unamunesca en que expresa su pensamiento íntimo sin pensar en el público, y se refiere a sus últimos tiempos, es más bien escasa. En la mayor parte de sus artículos y ensayos de última hora, Unamuno *cuenta con su público*, se dirige a él; no es esto lo que buscamos, sino un diario íntimo. Ahora bien: la

riqueza de estudios críticos y la escasez de documentos personales, se impone elegir, por una parte, los estudios críticos que parecen más valiosos, y, por otra, tratar de sacar el máximo partido a sus últimas obras íntimas, sobre todo a su *Cancionero*. He escogido, como base de este trabajo, un interesante y bien documentado artículo de Antonio Sánchez-Barbudo, publicado en la *Hispanic Review*, y titulado "Los últimos años de Unamuno", y he tratado de cotejarlo con la obra de don Miguel y completarlo mediante un estudio de los últimos poemas del *Cancionero*. Se trata en ambos casos



Unamuno.—"recordamos al hombre"

de escritos importantes y reveladores. El estudio de Sánchez-Barbudo es quizá de lo más interesante (y discutible) que se ha escrito sobre la obra cumbre de la última etapa de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*. Es curioso observar que cuando se escribió este estudio todavía no se conocía el *Cancionero*, publicado dos años después, en Buenos Aires, por la editorial Losada, y con un prólogo de Federico de Onís, que nada aclara, por cierto, en cuanto al sentido y la importancia de los poemas de Unamuno en él contenidos. Lo que sí resalta, sin embargo, es que el poeta los escribía a modo de diario íntimo, de confesión poética. Es curioso, pues, ver hasta qué punto comprueba y justifica el *Cancionero* las ideas de Sánchez-Barbudo. Yo creo que las comprueba en gran parte, pero hay en él numerosos poemas que se prestan a interpretaciones algo diferentes; más que una posición clara se ve aquí, una vez más, una dialéctica entre dos aspectos de Unamuno, el desesperado y el que a pesar de todo vuelve a plantear los problemas, a darles vueltas, en busca de una posible solución que dé sentido a la vida humana. Porque éste es, evidentemente, el gran problema: el de dar sentido, el de proyectar la vida humana e individual hacia una dimensión que permita religarla —y por esto son poemas religiosos— al cosmos. Por este aspecto se arraiga Unamuno sólidamente con la tradición cristiana: la salvación del indi-

viduo es su máxima preocupación. No importa que se le hayan censurado ciertas supuestas "blasfemias", una de las cuales, implícita en los capítulos centrales de *Niebla*, parece central en la obra de Unamuno. Nos referimos al "chantaje a lo divino" inseparable de las ideas unamunescas sobre la relación entre el creador y la criatura. El creador depende de la criatura, el padre de sus hijos, Dios de los hombres que Él ha creado; si los descuida, si los deja morir, muere también Él en parte; hay una relación simbiótica entre el creador y lo creado. Esta idea aparece repetidas veces, clara o veladamente, en la obra de Unamuno. Es posible que se la pueda considerar como blasfemia. Pero —dejando aparte que la blasfemia implica religiosidad, como es bien sabido— se trata, quizá, de uno de los pocos intentos modernos por hacer que continúe, aunque sobre bases algo distintas de las tradicionales, el diálogo entre el creador y lo creado, diálogo eminentemente religioso. Y a los que se preocupan excesivamente por el espinoso problema de la ortodoxia católica de Unamuno puede citárseles la frase del crítico francés René Marill Albères, que afirma que un católico francés, por ejemplo, puede aprender más, y reforzar más sus ideas, leyendo a Sartre que releendo el equivalente francés del padre Ripalda y otros textos parecidos. "El fin de la vida es hacerse un alma", escribe Unamuno en un soneto de 1910. Unamuno, que hablando de los autores de diarios íntimos escribía: "Los hombres de diarios o de autobiografías y confesiones... se han pasado la vida buscándose a sí mismos — buscando a Dios en sí mismos... Y esta experiencia no puede acabar sino con su vida." Y, sin embargo, Unamuno no nos ha dejado un diario íntimo; lo que más se acerca a ello son los poemas del *Cancionero*, de ahí su importancia. Pero también en muchos puntos de sus obras parece Unamuno confesarse en público, con cierto tipo de confesión, a la vez sincera y pudorosa, candente y reticente, con características muy españolas, como señala Juan Marichal en *La voluntad de estilo*: "Comparemos esa frase-lema de Unamuno ('el fin de la vida es hacerse un alma') con la siguiente de Simone Weil, que probablemente conocía *La agonía del cristianismo*: 'Le but de la vie est de se construire une architecture dans l'âme.' En esta frase se condensa también una tradición vital y literaria, la francesa: en ella resalta la voluntad arquitectónica de los escritores franceses más representativos. El contraste entre las dos frases aparece en las dos expresiones verbales, 'hacerse un alma', *se construire une architecture dans l'âme*: entre Unamuno y Simone Weil hay una evidente discrepancia en cuanto a la forma y al método o camino de llegar al mismo objetivo. La arquitectura espiritual de Simone Weil presupone un plan, un esfuerzo continuo por atenerse a ese proyecto y por seguir unas normas. El 'hacerse' de Unamuno es, en cambio, la negación del plan: 'no hay que trazarle plan a la vida', decía Unamuno." El pensamiento de Unamuno se asemeja, a veces, a una tela de Penélope, en que la esperanza y el espíritu crítico contrarrestan mutuamente sus esfuerzos, se aniquilan uno a otro en mortal dialéctica. De ahí la afición de Unamuno por las paradojas, expresión estilística de las oposiciones y los contrastes. De ahí también

las continuas contradicciones, que dejan al lector desconcertado e inquieto. Pero desde luego, y aunque en forma contradictoria, buena parte de la obra de Unamuno nos revela su intimidad por el lado o vertiente de lo religioso. Las confesiones de Unamuno, públicas en lo que atañe a su vida sexual, unilaterales en cierto modo, son más "públicas", más insistentes, más dramáticas que las de Amiel o Rousseau. Ya en 1905, pensando en cuál sería la característica esencial, "el principio de la nueva edad...", la edad del espíritu", llegaba a esta fórmula: "La gran institución social de aquella era sería la de confesión pública..." Buena parte de su obra —y de los poemas del *Cancionero*— es precisamente eso.

Al aconsejar a la juventud española de 1917 afirmaba Unamuno que había que ser indiscreto: "El mayor enemigo de la libertad es el secreto." Aunque en forma velada y simbólica, expone Unamuno en ciertas obras de ficción uno de sus secretos: el estado de abatimiento y desesperación metafísica a que llegó en algunas etapas de su vida. No en vano era Obermann, el más desesperado, quizá, de todos los románticos, uno de los guías e inspiradores de Unamuno; lo leía con frecuencia, lo citaba a menudo, y es casi imposible —como ha mostrado François Meyer en *L'ontologie de Miguel de Unamuno*— tocar un tema unamunescos importante sin hallar correspondencias en Obermann.

En otoño de 1930 escribe Unamuno su novela *San Manuel Bueno, mártir*. En ella le preocupa el "problema de la personalidad", el "saber si uno es lo que es y si seguirá siendo lo que es": se trata, pues, de una forma nueva del viejo problema de la vida eterna y la lucha contra la muerte. La solución que le da es de una desconsolada y noble grandeza: el párroco don Manuel Bueno no cree en Dios, pero finge creer para consolar a sus feligreses. Su consuelo consiste, dice él, "en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío". Y cuando un personaje femenino, Ángela, le pregunta si creen "en la otra vida", responde sollozando: "Mira, hija, dejemos esto." Él quería que todos viviesen "en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad". En otra ocasión dijo que "el que le ve la cara a Dios... se muere sin remedio y para siempre. Que no le vea, pues, la cara a Dios este nuestro pueblo

mientras viva, que después de muerto ya no hay cuidado, pues no verá nada". Y durante "la última comunión general que repartió nuestro santo", poco antes de morir, al dársela a Lázaro se inclinó hacia él y murmuró: "No hay más vida eterna que ésta... eterna de unos pocos años." Y al dársela a Ángela: "Reza, hija mía, reza por nosotros... y reza también por Nuestro Señor Jesucristo." Señala esta novela, por tanto, una confesión desconsolada y angustiada de que su antiguo debate agónico con el sentido de las cosas y la vida humana ha terminado en el escepticismo y la más desolada tristeza. A partir de esta fecha observamos una doble evolución en el pensamiento de Unamuno: por una parte, sus tentativas encaminadas a reconquistar la serenidad escasean cada vez más y se centran en la esperanza de volver, en la vejez, a una actitud infantil y juvenil de confianza y esperanza: leemos en el *Cancionero*, en uno de sus últimos poemas:

*Un ángel, mensajero de la vida,
Escoltó mi carrera torturada;
Y desde el seno mismo de la nada
me hiló el hilillo de una fe escondida.*

Pero se añade:

*Volvióse a su morada recogida,
Y aquí, al dejarme en mi niñez pasada,
para adormirme canta la tonada
que de mi cuna viene suspendida.*

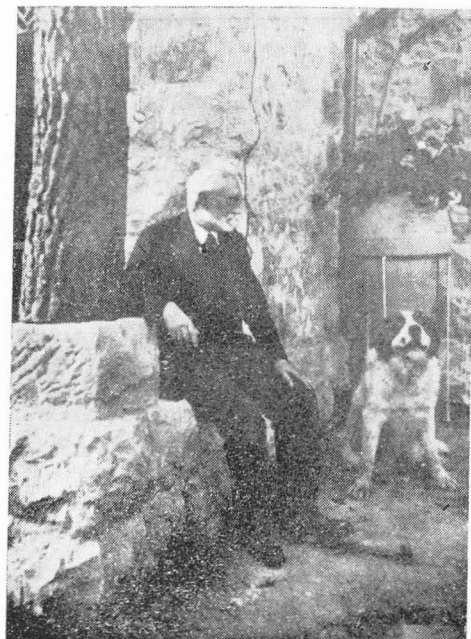
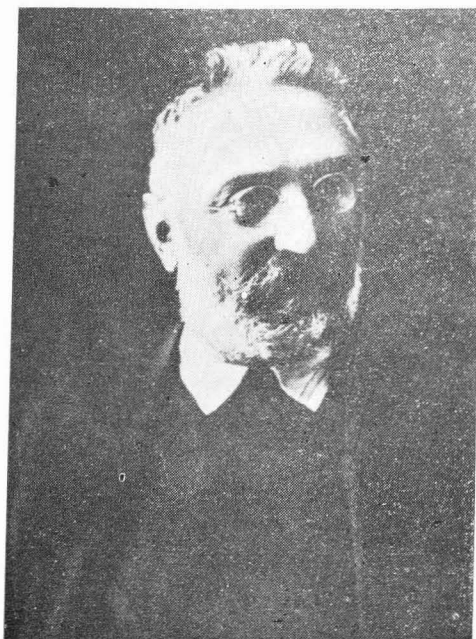
"Se retiró, pues, el ángel —señala Sánchez-Barbudo— y ahora de lejos le canta melodías que evocan sus años de inocencia. Y esto es evocar, no poseer, la fe de la niñez; es querer volver a ser niño, algo a lo que toda su vida, y sobre todo en los últimos años, muchas vueltas había dado." El poema está fechado en Salamanca, el 29 de noviembre de 1936, un mes antes de la muerte de Unamuno. Recordemos brevemente las circunstancias exteriores que enmarcan esta etapa de la vida de Unamuno —y que amargan al "hombre interior"—: la insurrección militar, que Unamuno aprueba inicialmente; las matanzas y persecuciones en ambos lados; el horror y la acerbica crítica de Unamuno a lo que ocurre en ambas zonas; un discurso que contiene en parte ciertas observaciones antifranquistas, y también una condena de lo que ocurre en la zona republicana; el

desagrado de las autoridades franquistas, que recluyen a Unamuno en su casa de Salamanca y le impiden hablar en público. Más que nunca, Unamuno se encuentra a solas con sus pensamientos; su labor pública de renovación y crítica nacional parece haber fracasado irremisiblemente. La vida —su propia vida— debió parecerle más de una vez, en tan tristes días, como una de esas cajitas chinas dentro de la cual hay otra, y dentro de ésta otra, y luego otra, y se abre al final la última, y está vacía. A estas cajitas se había referido Unamuno en varias ocasiones durante sus últimos años. Su obra estaba encaminada a un fin muy claro: el darle sentido a la aventura —en apariencia, a veces, absurda— de la vida del hombre "de carne y hueso", del individuo, y, en esta forma, a su propia vida. Pero en estos últimos días todo parece tambalearse. Veamos, por ejemplo, lo que escribe el 9 de noviembre:

*Pensé sacar del fondo de mí mismo
a aquel que fui yo antaño...
mas ay, que no tiene fondo el abismo
y si lo saco me ha de ser extraño...
¿He de encontrarle al cabo
perdido en un rincón de la otra vida?
¿Otra? ah, no, que es agarrarse
a un clavo,
que nada clava y sin medida...
El abismo insondable es la memoria,
y es el olvido gloria.*

Es decir: resulta imposible volver a la niñez; la esperanza en la vida futura es solución desesperada e inalcanzable, como la de agarrarse a un clavo ardiente, "que nada clava"; la única gloria que cabe esperar es la del silencio y del olvido. ¿Está, acaso, resuelta la lucha agónica? ¿Se ha resignado Unamuno, aceptando lo que aquí le parece inevitable? No; el debate consigo mismo ha de seguir hasta la última hora. Escribe el 21 de diciembre:

*Cuán me pesa esta bóveda estrellada
de la noche del mundo, calabozo
del alma en pena que no puede el gozo
de su todo gozar, prendida en nada.
Ay pobre mi alma eterna condenada
de la ilusión de ser con el embozo
de la verdad de veras en el pozo
en que está para siempre confinada.
Qué chico se me viene el universo,*



"Su obra estaba encaminada a un fin muy claro: el darle sentido a la aventura de la vida del hombre"

y ¿qué habrá más allá del infinito,
de esta bóveda hostil en el reverso,
por donde nace y donde muere el mito?
Deje al menos en este pobre verso
de nuestro eterno anhelo el postrer hito.

La esperanza yace, moribunda, pero no se resigna a morir del todo. Unamuno acepta la existencia de la "ilusión de ser" bajo la "bóveda hostil", pero si el universo le parece carecer de sentido se pregunta simplemente qué habrá más allá o tras él, como el jugador que acaba de perderlo todo y pregunta ansiosamente, patéticamente, cuáles son las reglas de un nuevo jugador.



"El poeta murió sin confesarse"

Y así llegamos por fin al último poema de Unamuno, escrito el 28 de diciembre, tres días antes de su muerte:

Morir soñando, sí, mas si se sueña morir, la muerte es sueño; una ventana hacia el vacío; no soñar: nirvana; del tiempo al fin la eternidad se adueña. Vivir el día de hoy bajo la enseña del ayer deshaciéndose en mañana; vivir encadenado a la desgana ¿es acaso vivir? Y esto ¿qué enseña? Soñar la muerte ¿no es matar el sueño? Vivir el sueño ¿no es matar la vida? ¿A qué al poner en ello tanto empeño aprender lo que al punto al fin se olvidaba escudriñando el implacable ceño —cielo desierto— del eterno dueño?

En el poema —el más ambiguo y difícil de la serie— aparecen ecos del soliloquio de *Hamlet* y de Quevedo. Se trata, entre otras cosas, de escoger entre lucidez y ensueño como actitud aceptable para el momento de la muerte. Al final, paradojas y contradicciones: el cielo desierto aparece como implacable ceño de Dios. No hay dudas en cuanto a lo angustiado del tono. Sí las hay con respecto a la esencia de este eterno dueño, que es quizá Dios, o quizá la muerte o la nada.

Tres días después moría Unamuno. La agonía fue corta. El poeta murió sin confesarse; las autoridades se negaron a darle un entierro público y solemne, como tenían proyectado. Como el Cid, que ganaba batallas después de muerto, ha seguido Unamuno después de su muerte, su muerte individualista, altiva y solitaria, agitando a los hombres de su tiempo, de nuestro tiempo; incitándoles a que penetren en sí mismos, bien adentro, como él lo hizo, aunque sea para encontrar en su interior la soledad y la angustia que él encontró.

H U M O R

DE CÓMO TRATAR A LA SERVIDUMBRE

Por Jean ROSTAND

Dibujos de Andrée BURG

Sería conveniente que los amos penetrasen las tinieblas en que viven los sirvientes.

Jean Genet, *Las criadas*.

NOTA

Económicamente los profesores e investigadores de la Universidad no estamos mal del todo, pero tampoco bien del todo. Ganamos lo justo para vivir. Pero los investigadores sobre todo, por las exigencias de nuestro trabajo, vamos perdiendo la poca elasticidad que originalmente poseíamos en lo que a nuestras relaciones sociales se refiere. Mientras los profesores universitarios hablan con los alumnos todos los días y así se mantienen socialmente "al día", nosotros casi no hablamos con nadie, y al llegar a casa, cansados en la noche, nos encontramos con que no sabemos ya ni tratar con la ¹ criada. Esto ocasiona que con frecuencia, por nuestra falta de habilidad y tacto, lleguemos a carecer por tiempo variable, de los indispensables servicios caseros. ¿Qué no será de nosotros, cuando en este respecto incluso avezados industriales y comerciantes confiesan tener serios problemas!

No cabe duda de que México atraviesa hoy, amén de otras, por una verdadera crisis de servicios domésticos. Con el fin de ayudar especialmente a los investigadores, hemos traducido este capítulo del libro de J. Rostand *La Loi des Riches*, publicado en 1920 ya que posee el doble valor: 1º de pertenecer al eminente biólogo francés, y 2º de ser uno de los mejores estudios extrabiológicos que de él conocemos. Forma la novena sección de un librito dividido en diez, de 127 páginas que comienza de esta manera:

"El Hombre se encontraba solo con su hijo en el cuarto cerrado. Habló durante mucho tiempo, y no sabiendo que se le oía al otro lado de la pared, creyó poder prescindir de toda hipocresía."

En efecto, se trata de lo que un Rico dice a su hijo al llegar éste a la mayoría de edad.

Por supuesto, recomendamos al lector, y sobre todo al investigador distraído, guardar para sí el contenido de la sección de *La Loi des Riches* que traducimos y bajo ningún pretexto hacerla llegar a la servidumbre propia o ajena.

*

Si en El asalto a la razón, Lukács mantiene y prueba que no hay filosofía inocente, sino que toda filo-

¹ Se utiliza aquí el singular por considerarlo científicamente más apegado a la realidad.

sofía acarrea una actitud ante la lucha de intereses de las clases sociales, Rostand ejemplifica con gracia y conocimiento, algunos de los aspectos de estos intereses, y una de estas actitudes.

Santiago Genovés T.

*

EN FIN, hay Pobres con los que tú no podrás evitar entrar en contacto cotidiano y en tu casa: la servidumbre. Tienes pues necesidad de conocerlos bien, ya que desempeñarán en tu existencia un papel preponderante. Estos extranjeros, que habitan nuestra casa, a pesar de los elevados muros que hay entre ellos y nosotros, y aunque comen en la cocina, pasan por la escalera de servicio y se acuestan en las buhardillas, están mucho más estrechamente ligados a nuestras vidas que nuestro amigo más íntimo. No hay un día en que la conversación no trate infaliblemente de ellos, que no nos veamos forzados a reflexionar a propósito de ellos, o que no tengamos que tomar una decisión que les concierna. El tiempo precioso que nos hacen perder es inimaginable. Sin cesar debemos de echar a un lado las más graves preocupaciones para rebajarnos a problemas mezquinos del servicio. Desde luego, de todas las recomendaciones, cuyo conjunto constituye *La Ley de los Ricos*, las que tratan de la servidumbre son las que se transmiten menos imperfectamente y las mejor observadas. El que conozca bien a la servidumbre puede vanagloriarse de conocer a fondo el alma compleja de los Pobres: estimo que su estudio, si se hace a fondo, será una preparación excelente para todos los que, por su carrera, tienen necesidad de conocer la psicología de los inferiores.

Existen ministros, jefes de Estado que pretenden gobernar un país, y que podrían aprovechar con utilidad los consejos de ciertas amas de llaves. En suma, es a través de los mismos principios, hijo mío, como se dirige a pueblos enteros o a una simple ayudante de cocina.

Por otra parte, la Sirvienta ofrece, para el estudio, grandes ventajas. Al igual que esos animales de laboratorio que el sabio escoge porque son fáciles de conseguir y de enseñar, nosotros la tenemos constantemente bajo nuestros ojos, a domicilio; nosotros la entrenamos, la vigilamos, y encontramos en ella un vasto campo de observación, incluso de experiencia. Se trata de un Pobre tranquilo, sin peligro; como sus amenazas son todas sólo individuales, resultan inofensivas, y las molestias que nos ocasionan no podrían compararse, en lo que a su gravedad se refiere, a las que causan a